

ciudad y paisaje
manuel ribas i piera

" LA CIUDAD COMO UN PAISAJE "

Publicado en "Qüestions d'Art, nº 9"

(traducción del catalán: Núria Roca)

"EL CONSUMO DEL PAISAJE EN LA CIUDAD DEL FUTURO"

de "Fears and Hopes for European Urbanization", Martinus Nijhoff

La Haya, 1972

(traducción del original francés: Núria Roca)

LA CIUDAD COMO UN PAISAJE

Un camino y una salida en el desorientado y desorientador mundo de la planificación urbana de hoy.

En la tradicional carencia de teorías globales que caracteriza -y es natural - la incipiente Ciencia urbana, se ha intentado expugnar el círculo de las incógnitas mediante una voluntariosa búsqueda de los significados abstractos de la ciudad. Así, la ciudad como idea o concepto, en el sentido más intelectual de la palabra, ha conseguido numerosos investigadores que han profundizado decididamente en el hecho urbano desde una visión socio-económica, funcional, y en un amplio sentido, ética de su razón de existir. Me refiero a los tratadistas de la ciudad como "lugar de intensas relaciones", y con eso ya está dicho que se sitúan dentro del importante grupo de los investigadores de la Estructura Urbana.

La visión de la ciudad reducida a su estructura inmaterial, permite un análisis global y sobre todo posibilita trabajar sobre los modelos con que la Ciencia urbana, prestando conceptos y creando otros, enriquece las futuras posibilidades de acción, en una tarea que podríamos decir, por similitud, de "autofinanciamiento".

Este afán -propio de toda ciencia-, de globalizar los resultados y tratar de obtener "cosmogonías" que expliquen de una vez el hecho estructural urbano, ha marcado con un sello profundo el mundo de la Urbanística; tanto, que los investigadores de la búsqueda formal se han visto influenciados por esta tendencia sintetizadora, como diré a continuación.

Me referiré ahora a la ciudad como imagen global, compleja pero única, fruto de una percepción similar a la que puede proporcionar cualquier objeto tridimensional bajo la luz del sol. Esta percepción, parecida a la percepción "gestáltica" de las cualidades sensibles de un objeto agrupadas en el todo, es la que fácilmente se consigue, por ejemplo, ante un pequeño pueblo situado en la cima (fácil de captar de un vistazo) o sobre volando una ciudad (si no es demasiado grande). Es la que ya preocupaba a los constructores del Barroco y les impulsaba a la panorámica y al panóptico, que hiciera más asequible el conjunto formal de la ciudad.

En esta construcción, la ciudad se dibuja como esquema de grandes rasgos formales ca-

racterísticos, reducida a lo que podríamos llamar accidentes de la geografía urbana, tan to preexistentes como voluntarios.

Al resultado de esta percepción total, de conjunto, se pueden aplicar normas sencillas de valoración compositiva (acuerdo-contraste, unicidad-pluralidad, punto-línea-masa equilibrio, ritmo, etc.) que permiten tratar formalmente pero abstracto de la ciudad; es decir, más allá - o más acá - de las puras consideraciones funcionales y generica - mente moralistas; pero aún más en el terreno de la abstracción, al cual por eso mismo muchos otorgan condición de ineludible y consustancial con la Urbanística.

Así, esta visión de la ciudad voluntariamente unilateral y enfrentada solo en los aspec tos formales, es tan parcial como lo es su contraria, la visión estructural y funcionalis ta que antes hemos citado; pero ambas tienen en común un mirar-se-la-ciudad-desde- fuera que las agrupa y complementa, que hace de una el contrapeso de la otra, y que siendo opuestas no son en absoluto contradictorias.

Quiero, ahora, referirme a otra manera de pensar y estudiar la ciudad. Una manera que considere la ciudad no desde fuera, como pura idea estructural o como esquema de sensaciones cualitativas, sino desde dentro, vivamente; que considere aquella podríamos decir "la ciudad nuestra de cada día" y de cada momento.

Para sintetizar, esta tesis que llamaré la ciudad como escenario se fija en percepciones parciales ambientales, en las cuales se mezclan sensaciones formales con intelec - ciones adquiridas para el uso de la ciudad. Estos recuerdos (experiencia) subjetivos y colectivos son los que envuelven con la "intencionalidad" de la propia existencia la sensación de las cualidades urbanas y forman una percepción vivida: son las que enriquecen las múltiples percepciones de la forma urbana y las llevan a una total comprensión vital. Coincide con la tesis fenomenológica desarrollada por Merleau-Ponty (1) se gún la cual percibir es comprender totalmente la manera de existir de un objeto, tesis muy sugestiva y de la cual fácilmente se desprende que la forma de la ciudad (como es cenario) no es más que la propia experiencia ciudadana llevada a su integral realización. Afirmación que -haciendo un salto- sentimos muy cerca de la obsesiva repetición del arquitecto Louis Khan: "que las cosas sean lo que quieran ser". El estudio de la

(1) A "*Phénoménologie de la perception*", 1945. La intencionalidad también resulta adrede ya en el mismo título de un conocido libro, "*Intentions in Architecture*" de Norberg-Schulz, 1961.

ciudad como escenario nunca nos dará la discutida forma total de la ciudad, pero todo ello nos lleva a profundizar el contexto a través de un proceso integrador de las imágenes urbanas que construye una sarta de imágenes agrupadas por secuencias: y finalmente, la ciudad-escenario podrá definirse como trama de secuencias en las cuales el espacio urbano percibido lo es en tanto que disfrutado y vivido privadamente y colectiva por sus usuarios. En la ciudad-nuestra-de-cada-día para que lo sea, es necesario haber amado y quizá odiado, reído o haber tenido miedo, y que conserve recuerdos colectivos dejados como prendas de una personalidad por plazas y calles. Es necesario, en una palabra, que sea vivida. Y esta vivencia será la que la deforme-conforme- a la medida de nuestra memoria, sensibilidad y experiencia. Un paso más, y el complemento a la ciudad-escenario lo encuentro en la ciudad como construcción ó arquitectura según la conocida aportación de un libro muy leído (2).

Así como la elaboración de los teóricos de la "imagen global" se opone pero no contra dice sino que completa la de los teóricos de la "idea estructural", así también la ciudad como arquitectura redondea y cientifiza la visión más literaria de la ciudad como escenario.

En ella constatamos que el escenario ya está construído, y que se compone de edificios genéricos (agrupados por tipos), de edificios singulares (infraestructuras puntuales), y de elementos que son traducción física de los servicios y equipamientos (infraestructuras lineales, calles, por ej.); todas estas tres categorías dirigidas por unas Ordenanzas, elemento inmaterial pero decisivo. Esta visión, evidenciada arquitectónica y pragmática, ha nacido como postura polémica enfrentada a la excesiva abstracción de los planificadores de la ciudad, y supera un claro precedente en la escuela romántica de finales del siglo XIX. (3). Es, sí, la reacción de los arquitectos hacia los planificadores, y reivindica un territorio de frontera quizá demasiado olvidado por ambos bandos: pero es también la posición "naïve" e intuitiva del espectador normal que delante de las ciudades hechas precisamente de construcciones, sólo en sus específicos elementos construídos puede ver la ciudad. Como casi siempre ocurre en estas posiciones polémicas, para los que venimos después no es cuestión de decidir si una o otra, sino que claramente se trata de decidirse por una y otra a la vez. Resumiendo: tanto si se parte de

(2) A. Rossi, "L'architettura della città", 1966.

(3) Camilo J. Sitte.

la visión estructural del planificador de ciudades (visión primera, ejemplarizada, entre otras, en las obras de Foley, Webber o Meyer), como de la visión existencial y fenomenológica de la ciudad-nuestra-de-cada-día (visión tercera, divulgada con la obra periodística de Jane Jacobs), es necesario siempre pasar a una formalización de estos conceptos, ya sea globalmente (visión segunda, representada eminentemente por Lynch y sus colaboradores y discípulos), o bien en visiones parciales no tan ambiciosas pero muy positivas (visión cuarta, la de Rossi y con él, pero antes que él, la de Cullen a "Townscape").

Siempre, pues, el paisaje de la ciudad es un componente importante por más que olvidado hasta ahora en la construcción de toda teoría urbana. El espacio urbano, algo más que el simple espacio objetivo y topológico, justifica la búsqueda de la ciudad perceptible, vivida y desmenuzada día a día.

Y todo eso porque creemos -y esta es nuestra gran esperanza-, que la inversión de este proceso de análisis paisajístico, que de la experiencia se remonta a los conceptos (Ciencia urbana), conseguirá explicitar unas reglas que, aplicadas, podrán modificar premeditadamente el espacio urbano (Planificación urbana), en la seguridad de condicionar eficazmente la vida de los ciudadanos.

En efecto (y eso no es más que una aplicación del aforismo que "el hombre vincula el espacio pero también el espacio le vincula"), el proyecto voluntarista de unos elementos y de un trazado urbano que tenga en cuenta "la arquitectura" de la ciudad, y capaz de evocar unos escenarios condicionantes para su significado, y todo junto dentro de un esquema físico claro y legible, y todavía en consonancia con un orden de ideas que asegure una estructura justa... tiene mucho camino recorrido hacia la consecución de la ciudad.

En fin, una consideración de praxi o moralista ha venido a cerrar este desgranar de ideas alrededor de la ciudad como un paisaje. Nuevo paisajismo que es necesario considerar mucho más seriamente de lo que a primera vista parece, porque -muchos estamos seguros- lleva un camino y una salida en el desorientado y desorientador mundo de la planificación urbana de hoy.

Barcelona, 1968.

EL CONSUMO DEL PAISAJE EN LA CIUDAD DEL FUTURO

I. Introducción

Cuando uno se dedica a considerar la perspectiva de la urbanización creciente y desbordada, siempre la ciudad aparece a nuestros ojos como centro y objeto de toda urbanización posible. Dentro del amplio abanico de puntos de vista donde el fenómeno urbano puede llegar a ser un espectáculo científico, he querido escoger el de la composición urbana bajo un aspecto preferentemente formal, porque me parece un tema frecuentemente olvidado (sobretudo entre los planificadores procedentes de las Ciencias Sociales), y porque creo muchísimo en su importancia para el presente y también en el futuro.

Quiero también declarar, en cuanto al complejo urbano, y consecuentemente en cuanto a mi formación de arquitecto, mi intención de limitarme siempre al hecho material del establecimiento humano sobre el territorio y de sus recíprocas influencias alternativas. Es decir, sin olvidarme de las estructuras urbanas, -que, en el lenguaje tradicional serían como verdaderas almas para el cuerpo humano-, dirigir este breve estudio hacia la perspectiva de los elementos visibles de la ciudad: 1º, las infraestructuras del organismo urbano; y 2º, la plena manifestación de este organismo dentro de las supraestructuras (se les denomina también "arquitectura de la ciudad y del territorio").

Los elementos visibles de la ciudad constituyen su paisaje. El ciudadano, como consecuencia de su nivel económico y cultural (civilización del ocio) y a causa de las malas condiciones de su "habitat" más directo (fealdad y congestión de las ciudades) se presenta como un usuario ávido de paisajes. Por lo tanto, se produce un verdadero consumo social de paisajes que es necesario estudiar si se quiere obtener una perspectiva válida. Pues si el nivel cultural está creciendo, si el número de ciudadanos está en alza, si la población del mundo está en un proceso de congestión, todo nos dice que la tendencia se mantendrá fortísimamente en el futuro y que es necesario esforzarse para preverla.

En cuanto al método de exposición, busco en primer lugar la base de un lenguaje común, a partir de los conceptos de "Naturaleza y paisaje"; para llegar después al lenguaje de la forma urbana. Al exponer unos conceptos teóricos y unas constataciones

prácticas (problemas y realidades) del presente, se halla una declaración de los valores "válidos" para la ciudad del mañana. Los aplicamos después a las dos tendencias más importantes actualmente en el crecimiento urbano, que solo tienen en común su dimensión regional: de una parte la ciudad radioconcéntrica, enorme y mononuclear, de otra la ciudad "federal", polo nucleado que no puede confundirse de ninguna manera con un esquema de ciudades "satélites". En fin, adoptada una opción, se concluye con unas proposiciones operativas para preparar la estrategia del futuro.

II. Naturaleza, paisaje y paisaje urbano

Desde el momento en que se plantea, angustiosamente, el problema de la "urbanización" creciente de la superficie de los continentes, desde el momento en que el concepto "salvaje" retrocede muy deprisa ante la denominada civilización de la cultura, desde el momento en que la polución de los elementos (aire, agua) está acompañada de una verdadera polución estética (la fealdad que se extiende sobre amplios territorios), parece que la palabra Naturaleza, enfrentada a la Cultura, tiene que ser renovada. (Pues se trata de un verdadero retorno a los orígenes).

Se había dicho siempre que la Naturaleza empieza precisamente allí, donde, desde un punto de vista físico, termina la acción del hombre. Si esto era válido en el pasado, si esto es aún válido en algunos continentes, uno se pregunta hoy cuál es su validez para Europa. La acción del hombre bajo una forma pasiva de protección (protección de los paisajes, protección de los "habitats", declaraciones de parques naturales) se extiende hoy día en todas partes, y muy especialmente en este pequeño Continente llamado Europa, incluso en los espacios antes calificados de "vírgenes" o "salvajes". Por consiguiente se tiende -y casi se ha llegado ya a ello en Europa- a la identificación entre Cultura y Naturaleza, de donde se obtendrán deducciones muy importantes con vistas a la noción de paisaje "lato sensu".

La noción de paisaje, a pesar de su etimología, es más amplia que la de Naturaleza que acabamos de desvelar, quizás demasiado rápidamente. Creo para mi razonamiento, que el paisaje es la forma de un objeto denominado territorio, con todo aquello que ha recibido como edificación en el sentido más amplio. (Como puede verse, quiero distinguir entre el "producto" de la Naturaleza y la "manufactura" del hombre, pero no me atrevería a trazar la línea de separación: de una parte, el paisaje-base que

han dado las fuerzas naturales; y de otra, aquello que ha sido transformado por la construcción humana). Desde luego, el paisaje culturalizado es una noción mucho más general, que comprende al paisaje natural como una parte del todo.

Afortunadamente, la generalidad de esta noción coincide con la extensión de la urbanización sobre la superficie del Continente y de las islas; es decir, cuanto más el territorio pasa a ser urbano, tanto más es correcto hablar de paisaje y culturalizado. Finalmente, cada vez más, un paisaje es un paisaje urbano, el paisaje del futuro.

Conviene aún decir algunas palabras acerca de la interiorización del paisaje, o sea de la formación de la imagen de los objetos-territorio. En una extrema simplificación del problema, pienso que las teorías mecanicistas basadas en las diferentes sensaciones llegan hasta la formulación de la Gestalt como un resultado que es mucho más que la suma aritmética de las simples aportaciones sensoriales. Hace falta llegar a una visión fenomenológica de la percepción para descubrir todas las posibilidades deductivas. La percepción llega a ser entonces como un acto reflejo que sirve para completar la sensación del paisaje con la huella de todo un sistema interior de valorizaciones personales.

Por otra razón decimos que el consumo de los paisajes cada vez más urbanizados es una función del crecimiento del nivel cultural de los ciudadanos, que a su vez, son cada día más numerosos entre los habitantes del Globo.

III. Demanda y consumo del paisaje en la ciudad moderna

Es Le Corbusier quien, en su esfuerzo para encontrar las "condiciones de naturaleza" perdidas hoy en la ciudad maquinista, formulaba el primero la pregunta: Cómo hacer compatible esta ciudad moderna tecnificada con la conservación de un "habitat" natural para el hombre?. Hay en esta pregunta una negativa a la posibilidad, para los humanos, de habitar en un mundo de artificios absolutamente sumergido en "ersatz". Este es el gran problema de la ciudad moderna: el de hacer conciliables el progreso material y los grandes invariantes que poseemos derivadas de nuestra condición natural, es decir de nuestra pertenencia a una naturaleza que nos rodea, o aún de nuestra pertenencia a un paisaje.

Cuando el hombre se encamina casi sin excepción hacia la categoría de ciudadano, su

pertenencia a un paisaje urbano puede acarrearle un gran problema si la calidad de este paisaje no está reconocida o aceptada por su usuario. Es decir si no encuentra en la forma urbana de su ciudad o de su barrio los valores bio-psicológicos que están comprendidos en la expresión "condiciones de naturaleza": estos son los valores transformados o mejorados a medida que su condición cultural se los exige. Los valores de los cuales se habla son psicológicos (influyendo el bienestar somático), o estéticos de (placer intelectual y sensitivo), y aún morales (transposición interior de un equilibrio exterior).

Cuando la ciudad aumenta sin medida, extendida "contra naturaleza", negando la geografía, negando la justicia y la humanidad en amplias extensiones de chabolas, ape-lando monótonamente a la panacea de la técnica para resolver sus congestiones (pre-vistas y cada vez más enervantes), en todos estos casos es bien visible la inexistencia de los valores del paisaje. El más pequeño rincón de una ciudad tiene su paisaje pero quizá puede ser un paisaje decepcionante frente a la demanda de sus habitantes.

El éxodo masivo y dominical de los ciudadanos, el gran "rush" de los "week-ends" o de las vacaciones en el campo -junto a su significación sociológica- es la demostra-ción más fuerte de lo que queremos expresar aquí. A medida que el habitante de las ciudades se encuentra cada vez más apretujado en su barrio o en su suburbio, también se encuentra cada día más lejos del campo que se aleja de él. (Porque la ciudad au-menta como una mancha de aceite, a medida que pretende amontonar malamente, en una falsa concepción de estructura y de diseño urbano, el excedente de una población creciente).

La dimensión tradicional de la ciudad pre-maquinista, volviendo a Le Corbusier, era de "grandeur conforme". Se encontraba sobre un círculo más o menos deformado, de ra-dios (calles principales) como lugares de actividades, que se mezclaban con los secto-res residenciales, y todos rodeaban el centro, (muy pequeño porque el verdadero Cen-tro era la ciudad entera); en las afueras, el campo, el paisaje de los cultivos y de los bosques. Cada punto de la ciudad lindaba -participaba- con el centro de negocios y con el área exterior rural. El equilibrio se cumplía, la alternancia de contactos y de soledad (G. Bardet) y la oposición "community vs. privacy" (Chermayeff-Alexander) se daba con naturalidad.

Ahora, el equilibrio se ha roto en razón de una nueva dimensión demográfica coloca-da simplemente sobre la estructura anterior.

Los valores del paisaje urbano (psicológicos, estéticos, morales) ya no son accesibles en el interior de la ciudad. La demanda de paisajes resulta indudable, y de aquí el éxodo periódico de los ciudadanos.

Pero además, yo así lo creo, existe un valor superior del paisaje que interviene en dicho fenómeno y que se puede expresar de esta forma: el paisaje que se ha escogido, puede significar nuestra manera de vivir. Desde el preciso instante en que mi "intencionalidad" (Merleau-Ponty) sirve para dar color a las estructuras de las sensaciones recibidas, el valor semántico del paisaje llega a ser una categoría bajo el control de su usuario, el cual encuentra representado positivamente o negativamente, su propio "ego". La aceptación de un paisaje urbano, es decir de un pedazo del territorio de la ciudad, para habitar en él, significa así no solo la pertenencia a un estrato social, sino además, con una visión mucho más sutil, la expresión formal de la manera de ser de los individuos que lo eligieron.

El éxodo periódico de los ciudadanos puede desde luego representar no solamente la búsqueda de las "condiciones de naturaleza", sino la búsqueda de una personalidad más satisfactoria, libre de las frustraciones que la ciudad le impone. El consumo del paisaje para los desertores de las ciudades sería entonces una verdadera conversión en el sentido más estricto, el armónico desarrollo de los valores personales, en resumen la vida misma.

Ciertamente podemos juzgar todo lo que se ha dicho hasta aquí como una repetición de teorías sobre la civilización del ocio, y esto no sería justo. El ocio, en sí mismo, no es forzosamente un marco físico. La civilización del ocio favorece, seguramente, el consumo social de los paisajes pero no explica las fugas periódicas de los ciudadanos. El tiempo libre asegura la libertad de marcharse periódicamente de las ciudades; pero sólo la variedad expresiva de nuestros paisajes urbanos puede explicar la necesidad de los movimientos pendulares en busca de la felicidad perdida.

Podemos afirmar en conclusión que el valor de la expresividad armoniosa ya no existe -en general- en los valores urbanos, pero que sigue siendo necesaria para el habitante de las ciudades, quien, por alcanzarla, va a buscarla fuera en regiones vecinas que llegan a ser, lentamente, cada vez más urbanas.

IV. El valor paisajista en una prospectiva urbana

En un mundo futuro de ciudades, el valor paisajista, es decir la expresividad de su forma en función de las necesidades de los ciudadanos como acabamos de explicar, alcanza el cénit de su real importancia. Las regiones llegan a ser ciudades, y los paisajes llegan a ser paisajes urbanos; la Naturaleza llega a ser Cultura. Como se ha dicho ya, en el límite de esta prospectiva encontramos una civilización de ciudadanos frente a la Naturaleza culturalizada por ellos mismos bajo un nuevo concepto de Ciudad. Para ellos la Ciudad llegará a ser el instrumento preciso de la Cultura para percibir y gozar la armonía de las formas físicas, que encontraremos en el paisaje urbano mucho más rico que hoy), y al cual se le pedirá saciar la avidez de "naturalidad" de sus habitantes, como una condición de existencia "sine qua non".

El método prefijado, me impone ahora aplicar esta prospectiva a las principales tendencias del crecimiento urbano de nuestros días para seguirlas hasta el final; y finalmente sacar una opción como función de los valores previos.

En primer lugar separaremos de nuestro examen las utopías, (abstracciones ideales, así como las utopías científicas), porque no podrán llegar a ser nunca realidad; si en ciertos casos, pueden influenciar ciertas tendencias a la realidad, esto será en un estado impuro, mezcladas con manifestaciones de ideologías diversas. Siempre, en todos los casos, es la realidad compleja que cuenta como tendencia válida para el futuro, pero no utopía.

Más allá de las utopías, nos encaminamos hacia dos salidas. De una parte, la de los que son fieles al concepto tradicional de ciudad (varios barrios situados el uno al lado del otro, todo rodeando el centro, que está en medio como su nombre indica). La segunda vía obtiene su estructura, tal como se verá, de la analogía de las estructuras regionales (nunca un solo centro, sino varios centros jerarquizados; ciudad extendida sobre el territorio, pero sin ocuparlo totalmente).

En el primer caso, subsiste la división entre paisaje urbano y paisaje rural, pero, desgraciadamente, la frontera en lo sucesivo será una ancha franja degradada. En el segundo aparece la noción de "urbano no edificado", o también "paisaje rural eminentemente al servicio de la ciudad".

Vamos a considerar estas dos vías, primero como una tendencia actual y enseguida co-

mo una opción posible. Pero, no hay una tercera, una cuarta o quizás una quinta vía? He aquí una pregunta que hace falta aclarar antes de seguir estas consideraciones.

Aunque nos encontramos limitados al no querer ocuparnos de las tendencias infrecuentes, existe ciertamente una tercera vía; es la experiencia de las ciudades-satélites y de las ciudades nuevas nacidas con su propia declaración de auto-suficiencia. El esquema, como tendencia, es habitual e incluso hay abundantes realizaciones en el mundo, encuadradas en esta vía. Pero yo creo que esto no es una tendencia; sino más bien parte de una tendencia.

Tendencia que se encuentra precisamente en la segunda de las vías señaladas. Las nuevas ciudades, -que nunca son nuevas, porque crecen siempre en algún pequeño núcleo preexistente, su padrino a la hora de su nacimiento para el Urbanismo- deben jugar su papel dentro de un concepto urbano global en el conjunto metropolitano o regional; en caso contrario, no serán más que un receptáculo de dormitorios excedentes de la gran ciudad siempre cercana. En el amplio territorio polarizado de la región urbana, las nuevas ciudades pueden significar el catalizador para una polaridad de la que el conjunto tiene necesidad para afirmarse.

V. La tendencia tradicional en el crecimiento de las ciudades y el paisaje urbano

Como ya se ha explicado más arriba, el esquema morfológico de la ciudad antigua, mononuclear y de radio limitado, llega a ser insostenible desde el momento en que se la quiere trasladar a una dimensión más grande: la dimensión correspondiente a las nuevas ciudades concentracionarias. El equilibrio de los siglos ha sido roto por la nueva civilización de los urbanitas, y ya no puede aplicarse más, faltos de imaginación, a un esquema periclitado. Una ciudad millonaria no es una ciudad de 50.000 habitantes ampliada como se amplía una fotografía.

Pero seguramente, la posición conservadora es siempre la más fácil y la más cómoda. Se decide por no tocar el antiguo centro, o quizás en todo caso, se decide por ensanchar la ciudad según unos ejes a partir del mismo centro. Desde este momento una gran parte del suelo urbanizado de la ciudad comienza a encontrarse separada del centro. Luego, de golpe, aparecen como mínimo dos clases de ciudadanos; los que "poseen" el centro, y los que no lo poseen. Se decide, aún más, de ensanchar la ciudad en continuidad; primero sobre las vías de acceso, más tarde en los intersticios. Una corona incolora de barrios-dormitorio se extiende por los alrededores.

Más tarde, se decide ocupar para la construcción los espacios residuales entre la aglomeración y la aglomeración vecina que ha sufrido también su proceso de crecimiento. Se hablará entonces de megalópolis como de un hecho incontestable del progreso urbano, y se decidirá que se está en la buena vía.

Clasismo, segregación, no participación, congestión, esto es el precio social de esta tendencia, desgraciadamente la más extendida. Pero el paisaje también está comprendido en este precio. Cuando el valor material del suelo ha sido la sola ambición de la política urbana, el valor estético llega a ser la gran víctima. El paisaje natural cultivado no ha sido sustituido por un paisaje urbano aceptable como mínimo.

En efecto, la degradación de la "manufactura" urbana (casas, calles, jardines, fábricas) se manifiesta como el tedio que proviene de esta ciudad obtenida sin variación, o, como dice Lefèbvre, exenta de capacidad de sorpresa, y tanto más cuanto más simple es su estructura. Hay que comprender pues esta ciudad aburrida no solamente en el sentido de la composición social, de su mal equipamiento, sino también en el de su entorno físico, o de lo que se ve y se siente.

Esta constatación puede hacerse fácilmente en los municipios donde el "standard" muy reducido de sus viviendas se convierte en aburrida uniformidad.

Todo lo que se acaba de decir, está pensado respecto a la infraciudad propia de los anillos exteriores de la ciudad. Pero también en el centro, existe la degradación. La congestión puede determinar la "muerte cívica" de cierto barrio floreciente hasta entonces, desde el momento en que se convierte en sucio, lleno de ruidos y difícilmente accesible. En el caso contrario, las técnicas contra la congestión pueden también estropear seriamente el centro que se quería salvar. Cada vez que uno se encuentra delante de un sistema de autopistas urbanas, se pregunta dónde está el hombre. El hombre, que debería dominar el paisaje urbano, porque el paisaje es la expresión de la ciudad, que él ha creado, se encuentra aprisionado en unos coches aprisionados a su vez en la "red rápida".

No es difícil concluir la inexistencia de un paisaje urbano aceptable dentro de la ciudad enorme edificada sin interrupciones, y mononuclear. Y éste es sin embargo el destino de muchas de nuestras ciudades.

Pero lo que es más alarmante es la posición de los planificadores los cuales fomentan

la ciudad-sin-freno-y-sin-límites bajo el pretexto del progreso y del futuro próximo (no se puede cortar el hilo del destino, etc.), en todo caso con una consecuencia inmediata y cierta: la revalorización de los terrenos, el beneficio máximo para los propietarios de los terrenos, la especulación del suelo. Los planes especulativos no pueden menos que negar toda otra forma de desarrollo urbano. Juegan con todos los argumentos habituales y ciertos (congestión, injusticia, fealdad) pero se ejecutan para llevar aún más congestión, más injusticia, más fealdad, extendiendo los tentáculos de una estructura urbana periclitada.

Los argumentos en favor de las megalopolis y aún de la Ecumenopolis, están en el fondo de un círculo vicioso que se enuncia así: ya que es estrecha y sin espacio, tomaremos el espacio liminar para extender la ciudad hasta que a su vez esté enteramente ocupado, y enseguida, repetiremos la operación.

Pero hay que preguntarse. ¿Acaso la nueva dimensión es competitiva con la antigua estructura? ¿Acaso se puede hacer una ampliación a escala de todos los elementos urbanos dispuestos según una estructura tradicional para obtener una ciudad semejante pero mayor? ¿Acaso no hay una escala humana inalterable, incluso en la ciudad, a la que hay que referir todas las medidas urbanas? Ciertamente, la accesibilidad es un parámetro dominante que está fuertemente amenazado cuando las distancias fundamentales cambian decididamente.

Ya no basta tener un centro, pero más grande: una corona residencial, pero más grande; una corteza exterior de suburbios -o interior- pero más grande. Lo que cuenta es ver si las accesibilidades que serían armoniosas en la ciudad hecha a medida, han quedado destruidas como consecuencia del crecimiento.

Cuando se habla de accesibilidad se habla en el fondo de relaciones espacio-tiempo en un mundo físico. Así pues, en el paisaje urbano también existe una motivación. El consumo masivo que se nos pide como planificadores del futuro, ciertamente no está en este camino.

VI. Unas garantías para el paisaje urbano: la ciudad-región

También puede llegarse a la nueva dimensión de la ciudad a través de una tendencia contraria que está basada en la espontaneidad de la estructura regional. Se encuentra

en una posición radicalmente opuesta, muy particularmente desde el punto de vista de la forma y del contorno físico. Examinaremos a continuación las diferencias estructurales; pero, a pesar de su importancia, aquellas son menos radicales que las diferencias existentes en cuanto a paisaje y forma urbana.

Si se considera la estructura de la región desde el punto de vista locacional, como una red de nodos de varias clases conectados con los centros de poblamiento, y si se piensa en la intensificación del poblamiento, fácilmente se comprende la aparición de las regiones urbanas como manifestaciones propias del fenómeno metropolitano, pero esta vez dentro de una tendencia contraria a aquélla en que se han considerado en el título precedente.

No hace falta decir que el modelo regional tal como se considera es una síntesis de las aportaciones de la Geografía y de la Economía. Los esquemas bien conocidos de Chrystaller y Lösch, aunque basados en motivaciones económicas, pueden encontrar una generalización fácil en la ciencia de la Planificación física. Desde este punto de vista, hace falta decir que la Geografía nos aporta la consideración de los límites y de los obstáculos (territorio no homogéneo) en el cual los factores económicos (atracción de los mercados) existen como determinantes no exclusivos -pero decisivos- del poblamiento regional.

El modelo de la ciudad regional es, primero descentrado, lo que no quiere decir que no tenga centros. Solamente, que no hay centro único. (He aquí la característica que los separa más fuertemente del modelo espontáneo precedente). Así pues, es policéntrico, y entre los diferentes centros hay unos enlaces bien conocidos y fuertemente arraigados que permiten presentar el conjunto como un sistema federal y jerarquizado. Estas son todas las condiciones que no se dan jamás en la ciudad mononuclear, donde todo está en beneficio de su relación con el Centro único.

Una vez más, constatamos aquí la frase bien conocida de Christopher Alexander, que "la ciudad no es un árbol", es decir que las relaciones entre centros jerarquizados por su importancia (radialmente) se entrecruzan de una forma no jerarquizada (no ordenada) porque los centros están clasificados diferentemente según el aspecto que se aconseja para su clasificación respectiva. Tenemos pues: 1º, Una verdadera entidad global, la ciudad-región, hecho urbano distinto y superior a la identidad de sus componentes: 2º, varios elementos urbanos, a la medida y con la forma de las de tamaño

conforme, pero cada uno caracterizado por la predominancia de un aspecto (función, género de sus habitantes, composición, forma, etc.); 3º, un territorio urbano en su totalidad (esto no quiere decir edificado sin interrupción), que garantiza a todos sus habitantes el estatuto de ciudadano y posee una estructura dispersa. En esta estructura es posible descubrir la forma de encontrar la naturalidad en la vida urbana, por encima de la antigua oposición ciudad-campo.

Este aspecto formal es bien interesante para profundizar en él. En el mundo precedente a la Revolución Industrial, nació la oposición entre la ciudad (dominante de la Cultura) y del campo (dominante de la Naturaleza) y esto se ha manifestado incluso simbólicamente en la dualidad del paisaje urbano y del paisaje rural. A lo largo de las crisis de los siglos XIX y XX se hizo notar un esfuerzo para solucionarlo: primero, la dispersión de la ciudad en el campo (utopías pre-socialistas), seguidamente la tentativa de una síntesis (garden-city), y muy cerca de nosotros la teoría racionalista de aportar el verde y el sol (prerrogativas del campo) masivamente en la "ville radieuse".

Actualmente el modelo urbano regional domina la cuestión uniendo los términos de la vieja polémica en uno solo: la nueva estructura de la ciudad, con garantías de un nuevo empleo del territorio, el lugar donde el paisaje, este patrimonio social, vuelve a ser protagonista, porque no ha sido aplastado por la congestión y la especulación.

La tendencia actual hacia una ciudad dispersa, un "continuo" urbano que no es del todo un "continuo" edificado, ofrece unas perspectivas maravillosas para el tema del paisaje. Constatamos en principio que la situación no es en absoluto reaccionaria, o que en modo alguno frena el progreso, porque se acopla bien con la nueva dimensión de la ciudad y con el crecimiento urbano de nuestro tiempo. Podemos imaginarnos seguidamente la concurrencia de los sutiles matices de los paisajes urbanos (posibles porque las aglomeraciones estrictas se mantienen dentro de los límites que hacen posible un "design" ciudadano) a la par con la franca expresividad de los paisajes rurales, ya incorporados a la ciudad.

El ansia por el naturalismo y la diversificación de los ciudadanos, de que se hablaba más arriba, quedan plenamente garantizadas en el modelo.

Podemos imaginarnos un vasto territorio, totalmente urbanizado (es decir con el equipamiento habitual del centro de nuestras ciudades) y a la vez aireado, enriquecido por la

Naturaleza controlada que penetra en sus intersticios?. Esta es una visión posible, si se aprovecha la estructuración regional para encaminar las tendencias actuales.

Pero hace falta asegurar las condiciones de existencia. Se ha hablado de territorio desarrollado y fuertemente equipado: la tecnología moderna es la que puede garantizarnos esta condición "sine qua non". Si bien las condiciones sociales son las más directamente y favorablemente influenciadas por la tecnificación del territorio, lo mismo ocurre con la forma de la ciudad.

Hace falta sin duda dar a cada punto de la amplia ciudad del futuro el mismo "standard" urbano, de manera que tenga, desde el punto de vista de las ventajas técnicas, tan solo una clase de ciudadanos. El equipamiento de la ciudad debe ser accesible a todos. Superar los déficits, evitar las congestiones, son todavía umbrales que están lejos de ser traspasados en nuestras ciudades que han pasado a ser polos de inmigración continua.

En el fondo, es la participación del ciudadano lo que está en juego si la tecnificación no llega. Sólo aquél que "se siente en su casa" en una ciudad, puede pasar al grado superior de la participación urbana. Logrará alcanzar este nivel con unas calles asfaltadas, unos teléfonos, unas alcantarillas, unos jardines públicos. Pero, en este momento, el paisaje urbano también habrá mejorado porque el ambiente general habrá llegado a ser mejor. Desde el punto de vista objetivo, es una comprobación material del fabricado urbano; desde el punto de vista psicológico; la participación favorece la cultura y la exigencia de belleza en la ciudad.

La homogeneidad de "standards" urbanos a un nivel elevado, es una condición para la ciudad regional del futuro, en coincidencia con el desarrollo y la calidad de su paisaje, como se decía al principio.

Pero hay también una segunda condición de existencia. Hemos hablado de territorio diversificado, polarizado, disperso; en el principio de la diversidad de caracteres de los distintos centros, directamente ligados a la variedad del paisaje urbano. La ciudad regional no solamente bien equipada, sino que también diversificada, aprovecha los caracteres de sus elementos para ofrecer a sus habitantes las posibilidades más diversas de placer, los paisajes urbanos más diversos, su goce y su equilibrio.

Ahora, la libertad del ciudadano es la que está asegurada con esta condición de exis-

tencia para la ciudad regional. Si teníamos un criterio técnico para exigir la tecnificación en todos los rincones de la ciudad dispersa, este será doblemente útil cuando es té al servicio de un territorio poblado de diversas maneras: sin continuidad, sin unifor midad, pero homogéneo. El ciudadano, entonces es plenamente libre para escoger su "habitat" urbano: no debe buscar en otra parte un standard de vida, que encuentra en su casa, pero, si quiere puede ir a buscar una variedad de paisaje sin abandonar la nor malidad de una sola ciudad.

La tendencia bien conocida de la ciudad-región propone pues un nuevo paisaje urbano. Guarda las esencias de la vieja dimensión con relación a sus núcleos, poseyendo la ca pacidad de ser enorme en su estructura total. Esta tendencia se encuentra aconsejada por unos criterios técnicos (nada de congestión, participación) y está definitivamente recomendada a causa de la armónica expansión de sus habitantes en la libertad.

Esperamos muchísimo de esta tendencia en el futuro.

VII Los valores sociales del paisaje en el contexto de las tendencias precedentes

Ya se ha dicho más arriba, desde un punto de vista prospectivo para Europa, que la ciu dad será el instrumento para percibir y gozar de las formas físicas que componen el pai- saje. En tal momento el paisaje será un paisaje exclusivamente urbano en el sentido más amplio, tal como se ha explicado.

No se ha enunciado todavía el problema mayor de la ciudad moderna, el de hacer com patibles "técnicas" y "naturalismo" en el interior de su recinto, para el pleno disfrute de sus habitantes. Esto plantea la necesidad social del consumo del paisaje como medio para realizar sus deseos de "naturalismo".

Y bien, sólo la ciudad policéntrica, la que posee grandes espacios vacíos desde el pun to de vista constructivo, puede aportar un concepto nuevo del paisaje urbano capaz de garantizar la presencia de los valores que se adivinan en la ciudad del futuro. En la ciudad-región, su discontinuidad como edificación al lado de su continuidad como valor urbano, aportan una síntesis concreta para asegurar la viabilidad.

La accesibilidad de los espacios no edificados, unida a la calidad del paisaje urbano edificado en los polos de tamaño conforme -por consiguiente, fácilmente accesibles-,

es ciertamente una síntesis para retener. En efecto la ciudad democrática (atributo que en la esfera social asegura la participación de los ciudadanos), exige en la esfera del medio ambiente la más estricta igualdad de participación en el paisaje común. Esto es lo que se quiere decir cuando se habla de accesibilidad en la planificación urbana.

Ya sabemos que siempre existirán diferencias en lo que concierne al uso de las reservas lejanas, en las montañas casi inhabitables (la inhabitabilidad está en proceso de regresión). Pero, dentro de esta tendencia, nos encaminamos hacia la posibilidad de resolver en la ciudad, y gracias a una nueva estructura, todos los fenómenos de masas en los que el paisaje que es uno de los factores más importantes: el week-end, las vacaciones, la segunda residencia, o simplemente el paseo cotidiano a la salida del trabajo.

Solamente el concepto de una ciudad que permita a todos sus ciudadanos el consumo in distinto del paisaje, puede ser considerada como una solución válida para el futuro. Al contrario, la ciudad anticuada, de apariencia tradicional pero hinchada por una centralización absurda, no puede aportar al futuro más que su espectáculo de imprevisión culpable, en el caos creciente de la congestión y de la no-participación como una hipótesis dada de antemano.

VIII. La planificación del espacio físico para el armonioso consumo del paisaje

La idea de consumo nos lleva a pensar a la destrucción por el uso. Uno se pregunta si es o no correcto aplicar este término a los paisajes. Acaso los paisajes se destruyen al contemplarlos?

En principio hace falta señalar en una visión prospectiva -y a la vez actual-, cómo, en la utilización social del paisaje, existe alguna más que una simple contemplación, al estilo de una estética superada. En seguida de qué forma la palabra consumo nos lleva a un concepto del paisaje, dinámico, evolutivo, inmerso en la plena temporalidad.

El paisaje como objeto padece daños físicos indiscutibles los incendios, devastaciones, guerras, o simplemente el estrago de los cultivos agrícolas y del tiempo pasado. De una parte el paisaje como percepción y como imagen -ya se había dicho- es una consecuencia directa de la cultura del individuo; o bien digamos en términos sociales, forma parte de la cultura de una comunidad. Por consiguiente, el paisaje no es un concepto in-

mutable. Es evolutivo, en la medida de la cultura a la que pertenece y por la que ha sido escogido como una "forma de vivir" (ver más arriba, en III).

Los cambios en la apreciación de los valores del paisaje afirman claramente la realidad de su consumo a través de los tiempos.

Si continuamos con sujeción a la terminología económica, el consumo supone una oferta y una demanda según las relaciones más armoniosas posibles.

La demanda, como se ha visto, se encuentra determinada por la cultura. La oferta es una consecuencia de la planificación física.

Es bien conocido de qué modo el "industrial designer" puede influenciar el gusto colectivo y aún crear una demanda desconocida hasta entonces. Juega a la inversa con el mecanismo usual "ofertas para la demanda potencial", convertido gracias a su arte, en "demandas para una oferta casi desconocida".

Propongo aplicar también esta mutación al campo de la planificación física de las ciudades, poniendo el acento sobre las posibilidades de acondicionamiento de los paisajes urbanos, como un instrumento olvidado hasta el presente que se mete en la mano de los planificadores. Si el hombre condiciona su paisaje (proceso cultural), el paisaje puede condicionar al hombre como sujeto receptor de una cultura. Entonces, lo que falta es encontrar una intervención paisajística "ad hoc" para la finalidad pretendida, según unos valores reconocidos.

El texto que se ha subrayado no es más que la aplicación de la teoría del planning considerada a este efecto.

Vamos pues a ver las posibilidades de una planificación del paisaje en un modelo urbano, tal como el que se ha considerado precedentemente, y donde las esperanzas de éxito son notables:

Se sabe al menos que esta planificación no es un absurdo, porque se constata: 1º, el consumo -cambio- que se produce en el paisaje, lo que evidencia la necesidad de renovación; 2º, la posibilidad de utilizar el paisaje como un instrumento de modificación -mejoramiento- de la cultura y del "modus vivendi".

Por consiguiente, reconocemos unos objetivos de planificación, para asegurar la maxi

mización de los valores admitidos. Estos valores, ya expresados, son los que convienen a una civilización caracterizada por el aumento de la población, de la urbanización, de la cultura y del ocio. Si añadimos las virtudes perdurables de la justicia y del amor parece que el todo exige de nosotros una urbanización democrática en el sentido más puro de la palabra.

Para lograrlo, creo que se pueden resumir los objetivos de planificación en dos puntos: accesibilidad, y calidad formal del entorno. En el bien entendido de que no hemos agotado el tema.

La accesibilidad corresponde más bien al momento del "planning" en el sentido de "macro-planificación". Se ha considerado ya su importancia en VI y VII al comparar los modelos o tendencias examinados. Mira directamente a la idea de justicia, porque favorece el pleno uso de la ciudad a la disposición de todos sus habitantes. Pero indica además una excelente disposición porque promueve los encuentros de los ciudadanos, cosa que es en el fondo la más profunda razón de ser del fenómeno urbano.

La calidad formal en el paisaje, edificado o no edificado, es una exigencia más flexible, y corresponde directamente al momento del "diseño" urbano. Es, en el fondo, la exigencia de bondad y de expresividad en los elementos componentes del paisaje.

Para expresar mejor el contenido positivo de la palabra calidad, quiero distinguir tres componentes. Aunque éste no sea el lugar para profundizar en estos temas, creo necesario una presentación de las posibilidades de investigación que ofrecen:

- a) La escala, es decir la unión entre el paisaje y su consumidor. Para los paisajes urbanos, el entorno raramente debe imponer su dimensión al espectador. Es más bien el equilibrio y la serenidad lo que busca.
- b) La variedad, o sea la riqueza del tema y de expresión. El equilibrio que acabamos de nombrar pide inexcusablemente la variedad. Es éste un componente bien conocido.
- c) La complejidad y la ambigüedad. Tal consideración constituye una aportación reciente a la teoría de la estética urbana. Ha nacido en la escuela americana (Rappoport, Kantor, R. Venturi), como una reacción a la racionalidad esterilizante con la que se quería combatir la confusión de las ciudades.

La ambigüedad, muy al contrario de la confusión, es riqueza porque confía en encon-

trar dos o más interpretaciones a una sola forma percibida. Hace que sea compleja, pero no caótica en sus elementos.

Todo esto que acabamos de decir no es una fórmula pero sí una apertura a posibilidades inesperadas por la vía de la planificación del paisaje. Podemos decir que ya se hacía, e incluso que se hacía en los tiempos más antiguos. Pero una finalidad de la Ciencia es hacer reflexionar sobre lo que hacemos habitualmente, como residuo de otras actividades conscientes.

Los hombres han sufrido la influencia del paisaje desde su origen. La Humanidad ha edificado ciudades desde 4.000 años antes de Jesucristo. Pero hasta hoy en día no se había pensado científicamente en el paisaje urbano. Esta es, desde luego una tarea para nuestra generación.

IX Resumen en forma de conclusiones.

Naturaleza, paisaje, paisaje urbano

- a. 1. La estructura social de la ciudad se hace visible en el paisaje urbano, mediante las infraestructuras (servicios) y las supraestructuras (vivienda).
2. La "urbanización" progresiva de los territorios, así como el progreso de la Cultura humana frente a la Naturaleza cercana, hace del paisaje un paisaje cada día más urbano.

Demanda y consumo del paisaje en la ciudad

3. El paisaje considerado como necesidad humana es una idea lanzada recientemente, gracias al crecimiento de la Cultura, y al consumo realizado por una parte de la población urbana en crecimiento geométrico.
4. Un problema que no está resuelto en la ciudad maquinista es el de hacer compatible la tecnificación de la vida moderna y la "naturalidad" del entorno urbano.
5. El éxodo periódico de los ciudadanos halla su origen en la pobre calidad del paisaje de nuestras ciudades concentracionarias, y en la difícil accesibilidad a los fragmentos de Naturaleza para uso de los ciudadanos.
6. Aunque la abundancia de las comodidades contribuye a la manifestación del

éxodo, ésta no es la causa determinante pero sí un factor concurrente que nos está impidiendo de utilizarlo con plena libertad, porque la vacuidad expresiva de nuestras ciudades nos obliga a la huída en nuestros momentos libres.

7. El valor superior del paisaje, entorno libremente escogido, es el de convertirse en signo de una forma de vida.

Los valores paisajistas en una prospectiva urbana

8. En la civilización futura de las ciudades, la ciudad (y su paisaje) es el instrumento único para la percepción y el disfrute del mundo físico.

La tendencia tradicional en el crecimiento de las ciudades y el paisaje urbano

9. Las ciudades metropolitanas y millonarias modernas no pueden ser por más tiempo concebidas como ensanches según la escala del patrón tradicional propio de las ciudades antiguas de tamaño conforme.
10. La segregación de clases, la no-participación y la congestión constituyen el precio de este error. La degradación del paisaje que resulta se manifiesta por el tono aburrido de la mayor parte de nuestras ciudades.
11. De una parte la congestión, de otra parte las técnicas contra la congestión, ambas son enemigos del paisaje. Pueden producir la "muerte cívica" de una ciudad o de un barrio.

Unas garantías para el paisaje urbano: la ciudad-región

12. La estructura de la región geo-económica, verdadera red de lazos atados a los polos de poblamiento, es el modelo de una tendencia regional para la ciudad moderna.
13. Este modelo bien conocido, a la vez descentrado, policéntrico y jerarquizado, se acopla bien con la nueva dimensión de la ciudad y es el único que permite encontrar el naturalismo porque no es un continuo edificado pero sí un continuo urbano.
14. La primera condición para hacer posible la ciudad-región, es la de asegurar un buen nivel de servicios y de comunicaciones, favoreciendo así la participación de los ciudadanos.

15. La segunda condición es la de dar a los elementos del conjunto urbano los caracteres más diversos, como garantía de la libertad de sus ciudadanos.

Los valores sociales del paisaje en el contexto de las tendencias precedentes

16. En la tendencia regional, gracias a su estructura, nos encaminamos hacia la posibilidad de resolver en la ciudad los fenómenos urbanos que tienen algo que ver con el paisaje, tales como el week-end o la segunda residencia.
17. En la misma tendencia, tan sólo un concepto regional de la ciudad permite el consumo indistinto del paisaje al alcance de todos los ciudadanos.

La planificación del espacio físico para el consumo del paisaje

18. El deterioro físico del paisaje así como los cambios en la apreciación de sus valores, afirman netamente la realidad de su consumo.
19. Una intervención paisajista "ad hoc" aprovecharía la variación exigida por el consumo, para influir y mejorar la forma de vivir de una comunidad.
20. Para alcanzar este fin, el primer objetivo de planificación tiene que ser fijado en la obtención de la fácil accesibilidad a toda la ciudad por parte de todos sus habitantes.
21. El segundo objetivo es el de obtener la máxima calidad en el "diseño" de los elementos urbanos que componen el paisaje. Escala, variedad y complejidad son los componentes más remarcables de esta pretendida calidad.

Barcelona, agosto 1970

